



OBISPADO DE LA NUEVA ORÁN

Coronel Egües 720 • A4530BYP San Ramón de la Nueva Orán, Salta
Tel. (03878) 421368 | Fax (03878) 422042 Correo electrónico: obispadooran@arnet.com.ar
www.nuevaoransalta.wordpress.com; en Facebook: Diócesis de la Nueva Orán

Prot. N. 008 / 15

*Homilía en la Misa de inicio del Año Lectivo
en el Seminario Mayor “San Juan XXIII”
Parroquia San Antonio – San Ramón de la Nueva Orán, 28 de febrero de 2015*

Textos bíblicos

- Gn 22,1-2.9-13.15-18
 - Sal 115,10.15-19
 - Rom 8,31b-34
 - Mc 9,2-10
-

Hermanos:

La celebración del Segundo Domingo de Cuaresma nos reúne en esta Parroquia de San Antonio para dar comienzo al año lectivo de nuestro Seminario Mayor Diocesano “San Juan XXIII”. Doy una cordial bienvenida a todos, y muy especialmente a los miembros de las distintas comunidades parroquiales de donde proceden los jóvenes que hoy ingresan al Año propedéutico como así también a sus familias. Es una gran alegría poder comenzar otro año de vida de nuestro seminario, sabiendo que el mismo se constituye como comunidad de discípulos y misioneros donde han de formarse los futuros sacerdotes diocesanos.

El camino penitencial de la Cuaresma nos sitúa peregrinando como pueblo hacia el encuentro de Cristo crucificado, misterio de amor que se hace ofrenda de la propia vida para ganar la Vida verdadera, Dios hecho hombre frágil precisamente para redimirnos desde nuestra debilidad y pobreza.

Sí, hermanos, la Cuaresma tiene sentido si miramos el horizonte último de nuestra propia Pascua, esto es; revivir en nosotros la pasión de Cristo para morir a nuestro propio pecado y resucitar a la vida de la gracia, lo cual sólo es posible cultivando un vínculo real y no aparente con Aquel a quien asumimos como centro de nuestra fe y plenitud de nuestra existencia.

Ese vínculo con el Señor para que sea sólido hay que descubrirlo en la propia historia personal, sobre todo porque la fe nos ha llegado por la mediación de distintas personas que como testigos del resucitado nos han ayudado a conocer a Jesucristo. Él, por su gracia infinita, nos ha premiado inmerecidamente con el don de la fe; regalo que conlleva la responsabilidad ineludible de responderle no sólo diciendo “sí, creo”, sino con la consecuente misión que esa fe trae consigo.

Nuestra fe cristiana hunde sus raíces en la historia del pueblo de Israel y tiene en la figura de Abraham un insigne representante, quien por su fidelidad y abandono en las manos

de Dios no dudó en sacrificar a su propio hijo Isaac tal como hemos escuchado en la primera lectura del Libro del Génesis. Fíjense cómo la Sagrada Escritura pone de relieve una expresión de Abraham - nuestro padre en la fe - que la Iglesia ha tomado en su liturgia cuando convoca a sus hijos para la consagración o el servicio ministerial. Cuando Abraham es llamado por su nombre, inmediatamente responde: *“Aquí estoy”*.

Esa es la actitud y docilidad que sólo el corazón creyente puede cultivar – no sin sacrificio – para ponerse en manos de Dios y abandonarse a su entera voluntad evitando “mundanizarse” con la tentación de la autorreferencialidad y el egoísmo. Quisiera entonces, mis queridos seminaristas, insistirles en cultivar esta disponibilidad todos los días, abonándola en la oración diaria, especialmente en la eucaristía, y dejando que el Divino Sembrador vaya trabajando esa tierra buena de su juventud para que con el tiempo se consolide la opción fundamental que los configurará como sacerdotes para el pueblo de Dios. Porque – como bien enseña el Concilio Vaticano II en referencia a los presbíteros – *“Su ministerio mismo exige a título especial que no se identifiquen con este mundo. Al mismo tiempo, sin embargo, requiere que vivan en este mundo entre los hombres y, como buenos pastores, conozcan a sus ovejas y busquen atraer incluso a las que no son de este redil, para que también ellas oigan la voz de Cristo y haya un solo sólo rebaño y un solo Pastor”* (PO 3).

El evangelio que hemos escuchado nos lleva a revivir la escena de la Transfiguración en la versión de San Marcos. Todo su evangelio es un camino catecumenal, un itinerario espiritual dedicado especialmente a las primeras comunidades cristianas, donde a partir del bautismo se inicia un itinerario de profundización para comprender lo que significa que Jesús es el Hijo de Dios. Así se puede comprender cómo San Marcos en su evangelio presenta a Jesús en camino hacia la Pascua tratando de que sus discípulos entiendan que *Él es el Hijo muy querido a quien deben escuchar*. Y por eso les anticipa en la montaña la meta final, la luz de la resurrección que viene después de la noche oscura de la cruz.

No obstante, para Pedro, Santiago y Juan fue una experiencia demasiado fuerte. De hecho no pudieron evitar la tentación de querer quedarse ahí prologando un momento excepcional en sus vidas. Y esto lo supieron expresar con total libertad: *“Maestro, ¡qué bien estamos aquí!”* Sin embargo el Señor pretende que entiendan que todavía no llegó el momento de disfrutar esa plenitud. E intenta con mucha dificultad hacerles comprender que el camino del discípulo es ante todo seguir los pasos del Maestro. Y él va camino a la cruz y ellos tendrán que ir después.

Hermanos míos, en este itinerario hacia la Pascua la Iglesia nos pone frente al desafío de meditar y reflexionar sobre nuestras propias tentaciones. Esas que nos movilizan no precisamente hacia el encuentro con la vida, sino que nos atan a las seducciones del mundo y tantas veces a desandar caminos. Por eso el evangelio nos enfrenta con una palabra siempre nueva, que más de una vez no queremos escuchar. Cristo también hoy nos desafía a tener una mente abierta y un corazón creyente para comprender que nuestro camino - si quiere ser “cristiano” - tiene que asumir la cruz de la renuncia y el sacrificio como ofrenda de amor. Como bien ha señalado uno de los teólogos señeros del Concilio Vaticano II – Hans Urs Von Balthasar – *“En la cruz se encuentra la crucifixión de la palabra del mundo por otra palabra muy distinta y que el mundo no quiere oír a ningún precio. Y la razón es que el mundo quiere*

*vivir y resucitar antes de morir, mientras que el amor de Cristo quiere morir para resucitar en la imagen de Dios más allá de la muerte*¹.

En este itinerario queremos situar el proyecto formativo de nuestro Seminario Mayor “San Juan XXIII”, corazón de la diócesis, escuela de pastores, discípulos y misioneros. Por eso queridos hijos – como se los he dicho tantas veces – recuerden que el Seminario no es un fin en sí mismo sino un instrumento al servicio de su formación inicial junto a las comunidades parroquiales, el presbiterio y sus propias familias de origen. Siempre existirá la humana tentación de conformarse con estar bien a mitad de camino – como les pasó a Pedro, Santiago y Juan – pero sabemos que la meta es otra y para ser sacramentos vivos de Cristo, cabeza y pastor de la Iglesia, hemos de abrazar la cruz. Tenemos que arriesgarlo todo sin poner condiciones, sin esperar “compensaciones”, y mucho menos una vida acomodada. Es el amor de Cristo el que nos llama, es el pueblo fiel quien nos espera. Es forjar en nosotros – a imitación del Divino Maestro – un corazón que ame para anunciar la buena noticia, para evangelizar.

Reflexionando sobre ese amor que define la identidad del evangelizador, el Beato Papa Pablo VI, nos decía en *Evangelii nuntiandi*: “¿De qué amor se trata? Mucho más que el de un pedagogo; es el amor de un padre; más aún, el de una madre. Tal es el amor que el Señor espera de cada predicador del Evangelio, de cada constructor de la Iglesia. Un signo de amor será el deseo de ofrecer la verdad y conducir a la unidad. Un signo de amor será igualmente dedicarse sin reservas y sin mirar atrás al anuncio de Jesucristo” (EN 79).

Hermanos, estamos viviendo un tiempo providencial en la historia de la Diócesis de la Nueva Orán. Hoy inician su formación en el Año propedéutico cinco jóvenes que se suman a otros nueve que están en la etapa de Filosofía – todos aquí en San Ramón de la Nueva Orán – y tres muchachos más que realizan la etapa de formación teológica en el Seminario Mayor “San Buenaventura” de la arquidiócesis de Salta, de los cuales uno de ellos – Darío Medina – recibirá en esta misa el ministerio del Lectorado. En total son diecisiete los seminaristas con los que cuenta nuestra diócesis este año. Y tenemos la gran alegría de anunciarles que el próximo viernes 20 de marzo serán ordenados tres nuevos sacerdotes diocesanos en la Parroquia “San Ramón Nonato” en Tartagal. Se trata de los Diáconos Luis Alberto Gómez, Carlos Salvador Subelza y Marcelo Alberto Hermida que están aquí presentes.

Querida familia del Seminario, como he expresado en mi Primera Carta Pastoral el año pasado “*nuestra actitud pastoral como diócesis ha de caracterizarse siempre por la sencillez de percibirnos todos como “simples servidores”, (Lc 17,10). No somos jefes ni patronos, menos aún dueños o señores.*

Particularmente el ministerio ordenado; obispo, sacerdotes y diáconos, estamos al servicio del santo pueblo fiel de Dios. Y una forma tangible de servir es hacer opciones pastorales que marquen un nuevo estilo donde evitemos la tentación del personalismo y del individualismo. Más bien hagamos que nuestro ministerio sea un ejercicio fraterno y colegiado, despojado de cualquier ambición de apropiación” (Carta Pastoral, 1 de noviembre de 2014, II).

¹ VON BALTHASAR, H. *Solo el amor es digno de fe*, Salamanca 1995, 129.

En lo personal al agradecer a Dios junto a ustedes un año más de vida no dejo de alegrarme por haber sido llamado a servirlos como pastor en esta bendita tierra regada por la sangre de testigos fieles como los Padres Juan Antonio Solinas y Pedro Ortiz de Zárate, quienes junto a sus dieciocho compañeros ofrecieron la vida por evangelizar el Valle del Zenta construyendo así cimientos sólidos sobre los que se edifica nuestra diócesis. Por ello desde nuestros orígenes somos una Iglesia particular llamada a salir hacia las periferias humanas. Como nos pide el Papa Francisco caminemos, lo cual *“no implica correr hacia el mundo sin rumbo y sin sentido. Muchas veces es más bien detener el paso, dejar de lado la ansiedad para mirar a los ojos y escuchar, o renunciar a las urgencias para acompañar al que se quedó al costado del camino”* (EG 46).

Mis queridos seminaristas, vayamos juntos apasionándonos por dar la vida en favor de este pueblo bueno que nos sostiene y alienta con su esfuerzo cotidiano y su oración perseverante. Y a ustedes, queridos padres y familiares de los muchachos, que el Señor les retribuya con el ciento por uno por la ofrenda grande de amor que hacen a través de la vida de sus hijos. Verán con el tiempo que nunca los perderán; al contrario, serán siempre los más cercanos, libres para amar a todos y disponibles para que el buen Jesús se siga haciendo presente como sacerdote y pastor también en sus familias.

A la protección de Nuestra Señora del Carmen, San Ramón Nonato y San Juan XXIII encomendamos, entonces, este nuevo año de vida que iniciamos en la comunidad de nuestro Seminario Mayor. Que así sea.

+ GUSTAVO OSCAR ZANCHETTA
OBISPO DE LA NUEVA ORÁN